SECCION SEGUNDA.

REGLAS PECULIARES Á CADA UNA DE LAS COMPOSICIONES EN PROSA.

NOCIONES PRELIMINARES.

CAPÍTULO PRIMERO.

De la elocuencia.

Elocuencia es el arte de hablar de modo que se consiga el fin para que se habla; ó, lo que es lo mismo, el arte de convencer y persuadir por medio de la palabra. Sus reglas no han sido dictadas por el capricho, sino que se fundan en la naturaleza, la cual las sugiere muchas veces en la práctica cuando está sobreexcitada la pasion. Todo hombre colocado en una situacion extrema suele ser elocuente, aunque no tenga idea alguna del arte de la elocuencia; y la oratoria no hace sino seguir las huellas que la naturaleza trazó en los hombres, ascendiendo de casos particulares á principios generales.

Las reglas de la elocuencia tienen por objeto prescribir los medios más seguros para hacer un uso ventajoso del don de la palabra. Ellas por sí solas no bastan á formar un hombre elocuente: lo más que el arte puede hacer es desarrollar el gérmen de la elocuencia donde le haya, y proporcionar al orador todos los medios auxiliares necesarios para conseguir su objeto.

No se sigue de aquí que sean inútiles las reglas, pues además de contribuir á rectificar el gusto y vencer los obstáculos externos, como sucedió á Demóstenes, sirven de guia al hombre de génio señalándole los escollos y tropiezos de que debe huir. Verdad es que hay cierta elocuencia na-

tural concedida por el Cielo á uno ú otro individuo, mas esta nunca llegará á la debida perfeccion sin los recursos que el arte proporciona.

Dos son los fines que la elocuencia se propone: convencer al entendimiento, y persuadir á la voluntad. La conviccion y la persuasion sirven de fundamento á las acciones humanas. Siempre que uno se determina á ejecutar alguna cosa es porque su entendimiento la juzga conveniente. Podrá ser errada esa creencia, como lo es de hecho en muchas ocasiones; mas la voluntad no se mueve generalmente á la práctica sino impulsada por el entendimiento, cuyo dictámen seguiria siempre, si no se opusiera á ello el poder de las pasiones.

De aquí se sigue: 1.° Que para persuadir casi siempre es necesario convencer: 2.° Que la persuasion no puede ser durable cuando no va cimentada en la conviccion. En este último caso la voluntad se mueve con tibieza, y por lo mismo retrocede fácilmente del camino que emprendió.

Para convencer á uno es necesario hablar á su entendimiento presentándole con claridad las verdades y principios que se trata de inculcarle, y confirmándolos con razones poderosas, con pruebas sólidas y concluyentes. Son tambien un poderosísimo recurso para convencer, la notoria probidad del orador, pues el ejemplo es más elocuente aún que la palabra: y las galas de la diccion y del estilo, que tanto contribuyen á conciliar los ánimos y á fijar la atencion de los oyentes.

Para persuadir es preciso hablar á la imaginacion haciendo una viva y enérgica pintura de los objetos, poner en movimiento las pasiones y tocar los varios resortes del corazon, pues una vez herido, los sentimientos que de él broten pondrán en conmocion al alma, y la voluntad no podrá menos de obrar.

No es este el lugar acomodado para hacer ver la importancia de la elocuencia y la eficacia de su poder. Bastará observar que entre todas las artes no hay una que ejerza mayor dominio sobre el corazon humano. Conmueve, excita ó reprime las pasiones, segun conviene á sus particulares miras, y manejando las voluntades á su arbitrio, triunfa de la indecision, vence la resistencia, quebranta la arrogancia, añade estímulos á la virtud, y de los más helados pechos hace brotar el fuego del entusiasmo. La elocuente voz de un solo hombre ha bastado en ocasiones á salvar á todo un pueblo, y el apasionado acento de una madre supo detener un ejér-

cito vencedor ante los muros de Roma. Ójala que el hombre, comprendiendo sus deberes, no abusara nunca de este arte divino, y le empleara solo para escudar al inocente, confundir al culpable, defender los sacrosantos fueros de la justicia, incitar á las acciones heróicas, despertar los sentimientos generosos, difundir, en fin, las luces de una filosofia sana y reparadora, compañera inseparable de la virtud, sin la cual no hay bienestar posible.

CAPÍTULO II.

Breve resúmen histórico de la elocuencia antigua.

§. 1.°

Elocuencia griega.

Si tratáramos aquí de la elòcuencia natural, hija de la pasion, la hallaríamos sin duda donde quiera que hubo hombres desde el principio del mundo. Pero considerándola como un arte sujeto ya á las prescripciones de la sana crítica, encontramos sus primeros vestigios en el establecimiento de las repúblicas de Grecia. La vida nómada y errante de las sociedades primitivas, y su falta de civilizacion y cultura, no eran cosas compatibles con un arte que supone una instruccion sólida y variada. Los primeros imperios que tuvo el mundo, el asirio y el egipcio, fueron despóticos, y los ciudadanos más bien obedecian por el temor de la pena, que movidos de la persuasion. Por otra parte, antes de la invencion de la escritura no era fácil dar duracion al pensamiento, y las felices inspiraciones del génio espiraban en los labios del hombre, no pudiendo el arte fundar sobre ella observaciones filosóficas para aplicarlas á casos análogos.

Entre todas las repúblicas de Grecia ninguna cultivó la elocuencia con tanto esmero como la de Atenas. Mirábanla como el medio más seguro de adquirir poder é influjo, y la elevaron á tal grado de perfeccion, que el gusto ático y la manera ática pasaron á proverbio. Los atenienses no buscaban tanto el hacerse admirar, como el dominar los ánimos para que aceptasen lo útil y conveniente: así es que su elocuencia tenia más de enérgica que de brillante.

Pisístrato y Pericles fueron los primeros oradores que

llamaron la atencion en Grecia. La elocuencia del segundo era tan robusta y vigorosa, que para encarecerla sus conciudadanos decian que *tronaba cuando hablaba lanzando rayos como Júpiter.*

Cleon, Alcibiades, Cricias y Teràmenes fueron los sucesores de Pericles. Amaestrados en la escuela práctica de los negocios y debates públicos, se distinguieron por su estilo nervioso, vehemente y conciso más de lo justo. De Alcibiades, educado en la casa misma de Pericles, dice Cornelio Nepote que nada podia resistir á la fuerza de su palabra.

El gran prestigio de que empezó á verse rodeada la elocuencia excitó la emulacion y rivalidad en otros talentos inferiores, y dió orígen á la famosa escuela de los sofistas ó retóricos. Jactábanse de enseñar á sus discípulos á hablar en pro y en contra de cualquier causa, y hacer oraciones de todo género. Redujeron el arte á sistemas más ó ménos caprichosos, segun sus inclinaciones ó gustos, y abandonando la senda de sus predecesores, vinieron á confundir la verdadera elocuencia con las cavilaciones y sofismas. A este número pertenecieron entre otros Protágoras, Pródicas, Trásimo, Corax, Tisias y Gorgias Leontino.

Sócrates fué el primer impugnador de los sofistas, á quien siguió despues Isócrates, maestro de elocuencia. Los retóricos que florecieron hasta este tiempo, enseñaban aritmética, geometria, música, política y economia; pero despues de Isócrates limitaron su enseñanza á la gramática, retórica, poesia é historia, la cual cultivaban con especial predileccion.

De la misma época son tambien Lisias é Iseo, maestro este último del gran Demóstenes, príncipe de los oradores griegos.

Si el arte fuera capaz de vencer á la naturaleza, diríamos que en Demóstenes se habia obrado este prodigio: tan grandes fueron los esfuerzos que empleó para llegar á ser el hombre más elocuente de cuantos le habian precedido y de cuantos despues le siguieron. Habiendo perdido muy temprano á su padre, que ejercia la profesion de armero en las cercanias de Atenas, se entregó en los primeros años á la más loca disipacion, y nadie hubiera podido adivinar el gran ruido que estaba destinado á hacer en el mundo como orador. Nunca habia mostrado inclinacion á la elocuencia, hasta que oyendo perorar al célebre abogado Calístrato, se sintió como inflamado de repente, y entró en deseos de consagrarse á la oratoria. Estudió retórica con Iseo, oyó las lecciones filosóficas

de Platon, y para formar su propio estilo, copió hasta siete veces las obras de Tucídides, ensayándose en la composicion con sin igual constancia. Dejóse ver por primera vez en el foro persiguiendo á sus tutores, y alentado con el triunfo que sobre ellos obtuvo, se arriesgó á comparecer en la tribuna pública, donde fué menos afortunado, pues tuvo que abandonarla por dos veces perseguido por las burlas y risas de la multitud.

Vivamente impresionado de un éxito tan poco lisonjero, no por eso desmayó, antes bien reconociendo sus propias faltas, señaladamente en la pronunciacion y los ademanes, se propuso corregirlas con un trabajo asíduo y porfiado. Se encerró en un subterráneo para estudiar sin distraccion, ponia un espejo delante para corregir sus maneras y movimientos, y gesticulaba á veces sobre la punta de una espada desnuda, recitando en alta voz los discursos que habia mandado á la memoria. Para acostumbrarse al ruido y al estrépito de las juntas populares, se situaba con frecuencia á las orillas del mar, al cual arengaba apasionadamente procurando dominar con su voz el estruendo de las olas. Por último, siendo algun tanto tartamudo, se ponia en la boca unas piedrecitas y recitaba algunos versos difíciles, trepando al mismo tiempo cuesta arriba, hasta que en fuerza de ensayos repetidos logró adquirir una pronunciacion clara, fácil y expedita, llegando al fin á verse coronados sus esfuerzos del éxito más feliz.

Varía mucho la opinion de los críticos sobre la naturaleza y carácter del talento oratorio de Demóstenes. Unos le dan más génio que arte, lo cual no parece avenirse muy bien con los grandes esfuerzos que empleó par'a colocarse á tanta altura. Otros creen descubrir en su elocuencia el resultado de una laboriosidad lenta, tenaz y profunda, más bien que el producto natural y espontáneo de su imaginacion. De este último sentir es Quintiliano, y aun el mismo Ciceron confiesa que el orador griego se habia remontado á lo más sublime del arte, y que debian estudiar sus obras cuantos quisieran iniciarse en todos los artificios de la elocucion.

La fuerza y vehemencia constituyen los rasgos más felices de su génio oratorio. Más atento al fondo que á las formas, nunca intenta hacer resaltar estas á espensas de la energía y movimiento. Su estilo es nervioso, rápido y conciso: sus palabras muy expresivas, la coordinacion interesante y vigorosa. Usa con gran parsimonia de las figuras, y sus discursos no se distinguen por la esplendidez de los

adornos, sino por la incomparable energía de los pensamientos.

Demóstenes tuvo un formidable antagonista en Esquino, célebre orador de aquellos tiempos y enemigo personal suyo. Habiéndosele encargado al primero la oracion fúnebre de los griegos muertos en la batalla de Queroneas, desempeñó su comision con tanto acierto, que Clesifonte propuso al senado que decretase el regalo de una corona de oro para el orador. Opúsose á ello Esquino, y esto dió orígen á grandes debates, y á los más bellos discursos pronunciados despues por uno y otro. La lucha se prolongó por mucho tiempo, hasta que vencido Esquino en su última acusacion contra Demóstenes, se retiró á Rodas, donde abrió una cátedra de elocuencia.

La elocuencia griega casi murió con Demóstenes, como la romana debia faltar más adelante con Ciceron, y volvió á caer en aquella manera lánguida y pueril que introdujeron los retóricos y sofistas. Demetrio Falereo descolló algo más tarde entre otros oradores, pero su carácter era enteramente opuesto al de Demóstenes, más propio para deleitar que para mover. *Delectabat Athenienses*, dice Ciceron, *magis quàm inflammabat*.

§. 2.°

Elocuencia romana.

La elocuencia romana apenas merece fijar la atencion hasta despues de la conquista de Grecia. Los romanos, enteramente dados á la guerra, y no soñando en otra cosa que en el logro del imperio universal, no podian hacer grandes progresos en las artes y ciencias, que solo florecen y prosperan bajo el bienhechor influjo de la paz. Y aunque tuvieron algunos oradores que se distinguieron en ciertas ocasiones solemnes, más fué por efecto de su génio y naturales luces que por los recursos del arte. Así es que con razon se echan de menos en su estilo aquellos primores y bellezas que tanto resaltan en los que más adelante cultivaron la oratoria.

La sumision de la Grecia fué para los romanos la más preciosa de todas sus adquisiciones, pues á ella debieron el gran papel que estaban destinados á representar en el mundo como pueblo culto y civilizado. Si Roma venció á Grecia

por las armas, Grecia triunfó de Roma por su sabiduria, y los vencedores tuvieron que reconocer por sus maestros á los vencidos.

Los romanos hicieron maravillosos progresos en las artes y las ciencias despues de la conquista. De ello son buen testimonio sus obras mismas, en las cuales, si no se encuentra aquella encantadora sencillez que caracteriza á las de los griegos, se descubre en cambio más regularidad y más arte. Los griegos eran más originales, los romanos más correctos; aquellos atendian más al fondo que á las formas; estos consultaban á la belleza de las formas sin desatender al fondo, y más de una vez dejaron atrás en sus imitaciones á los modelos mismos que les sirvieron de guia.

Los oradores que empezaron á adquirir fama de tales en los primeros tiempos de la civilizacion romana fueron Marco Cornelio Cetego, Marco Porcio Caton el Censor, Cayo Lelio y Publio Escipion el Africano. Pero aunque estos llegaron á conquistarse gran crédito en la oratoria, y aunque Ciceron les tributa grandes elogios en várias partes de sus obras, su estilo adolecia de duro, áspero y falto de lima, como él mismo confiesa. Más tarde florecieron Craso, Antonio y Hortensio; pero el que elevó la elocuencia romana al último grado de perfeccion posible fué el inmortal Ciceron, príncipe de los oradores latinos, como Demóstenes lo habia sido de los griegos.

Ningun crítico ha juzgado acaso á Ciceron mejor que Hugo de Blair. Hé aquí en extracto sus palabras: «Las prendas de Ciceron como orador son sin disputa relevantes. Hay mucho arte en sus oraciones. Sus exordios son regulares, y en ellos se insinúa con rara habilidad para fijar la atencion y granjearse el afecto de sus oyentes. Su plan es más claro que el de Demóstenes, y el órden de las pruebas el más propio. Todo está en su lugar: nunca intenta mover hasta despues de haber convencido, y es felicísimo en excitar, especialmente las pasiones blandas. Ninguno conoció mejor el poder de la palabra. Camina siempre con mucha hermosura y pompa, y en la estructura de las sentencias es en extremo pulcro y exacto. Su manera en general es difusa, pero variada con acierto y siempre encaminada al asunto. Esto se echa de ver en sus cuatro oraciones contra Catilina. Cuando algun objeto público excitaba su indignacion, dejando la manera declamatoria á que era inclinado, se mostraba en extremo fuerte y vehemente, como se ve en sus oraciones contra Antonio, contra Verres y contra Catilina.»

Ciceron tuvo tambien sus defectos, que aunque disimulables por las raras dotes y magnífica elocuencia que despliega, conviene apuntarlos sin embargo para no admirarle en todo. En su estilo se refleja muchas veces su carácter orgulloso, busca frecuentemente la admiracion y el aplauso, y cuando se trata de su persona, parece olvidarse de todo para ocuparse de sí mismo: faltas que se notan principalmente en las oraciones que compuso en sus primeros años. Sacrifica á veces la solidez al esplendor de las formas, hace alarde de su talento oratorio, y en ocasiones es más difuso de lo que conviene á la importancia de los pasajes.

«Osaban motejarle sus contemporáneos, dice Quintiliano, de hinchado, de asiático y redundante; de nimio en las repeticiones, frio en las sales, débil y altanero en la composicion, y más afeminado de lo que conviene á un hombre.» Esta manera de decir prueba que el juicioso crítico no acogia, á lo menos en su totalidad, tales censuras, las cuales debieron de ser muy exajeradas, ya por los enemigos personales del insigne orador, ya por las rivalidades suscitadas entre los partidos ático, asiático y rodio, cada uno de los cuales pretendia para sí la supremacia en la elocuencia.

Los más de los críticos franceses, al comparar á Ciceron con Demóstenes, dan la preferencia al orador latino sobre el griego; pero Fenelon, haciendo el paralelo de uno y otro, concluye con estas palabras: «Ambos oradores me embelesan; pero confieso que no me mueve tanto el arte infinito y la elocuencia magnífica de Ciceron, como la rápida sencillez de Demóstenes.»

Con la muerte de Ciceron se oscureció casi del todo la elocuencia romana, que acabó de viciarse en las escuelas de los declamadores. Y aunque más adelante la propagacion del cristianismo dió origen á la nueva especie de elocuencia que se observa en las obras de los padres de la Iglesia, entre los cuales sobresalieron incomparables escritores, ninguno, dice Blair, nos ofrece un modelo cabal, pues segun vamos bajando, su lenguaje es áspero y en general inficionado del amor á los pensamientos hinchados y estudiados y al juego de palabras.

§. 3.°

Elocuencia moderna.

En ningun pueblo de la moderna Europa ha llegado la

elocuencia al grado de esplendor que tuvo en la antigüedad, y en ninguna parte ha sido un instrumento tan poderoso como en las asambleas populares de Grecia y Roma.

«La Francia y la Inglaterra, dice Hugo de Blair, son los dos paises donde más era de esperar el espíritu de elocuencia; pero ni en uno ni en otro se elevó jamás á la altura que tuvo entre los antiguos. Los ingleses tienen algunos oradores que han figurado en los debates del Parlamento; pero más bien ha sido por efecto de su pericia en los negocios públicos que por sus talentos oratorios. Cuentan en el foro algunos abogados hábiles, pero pocos alegatos suyos han llegado á la posteridad, como entre los franceses los de Patru, Cochin y D'Aguesseau, citados muchas veces como modelos de elocuencia. Están muy atrasados, sobre todo en el arte de predicar, y no pueden citarnos un Bossuet, un Massillon, un Bourdaloue y un Flécher, gloria del púlpito francés.

»La diferencia característica del estado de la elocuencia entre unos y otros, prosigue el mismo autor, está en que los franceses han adoptado ideas más altas de agradar y persuadir, aunque no siempre las llenan en la ejecucion; y los ingleses han tomado una clave más baja, aunque la ejecucion es más correcta.

»Hay varias razones, concluye, para que la elocuencia moderna no haya hecho mayores progresos. El correcto modo de pensar en que tanto estudio se ha puesto en los últimos tiempos hace que estemos prevenidos contra las flores de la elocuencia, y que sospechemos de los ardides de la oratoria; y precisados á ser más contenidos que los antiguos en las tentativas para elevar la imaginacion é inflamar las pasiones, se amortigua acaso y apaga demasiado nuestro génio. Tambien es verosímil que tenga mucha parte en ello nuestra complexion flemática y fria. La sensibilidad y la vivacidad de los griegos y romanos fueron mucho mayores que las nuestras, y á ellas debieron la ventaja en el gusto esquisito de las bellezas de la oratoria. Tambien deben tenerse en consideracion las circunstancias particulares de las dos grandes escenas de la locucion pública entre ellos, á saber: las juntas populares y el foro.»

CAPITULO III.

Composiciones en prosa.

Las obras literarias se dividen en dos grandes secciones, segun que están escritas en prosa ó en verso. Aquí vamos á hablar de las primeras, dejando las segundas para el tratado de la poética.

Las composiciones en prosa comprenden cuatro géneros: *el oratorio, el histórico, el didáctico* y *el epistolar*. El 1.° tiene por objeto convencer y persuadir; el 2.° exponer los sucesos pasados; el 3.° instruir en las artes ó en las ciencias; el 4.° da reglas para comunicarse por escrito con los ausentes.

Género oratorio.

Discursos oratorios, *oraciones* ó *arengas*, son los razonamientos pronunciados de viva voz delante de un auditorio, asamblea ó concurso más ó ménos numeroso. Estos razonamientos constituyen tres distintas especies de oratoria, segun que es el púlpito, el foro ó la tribuna el teatro del orador, y segun que este se propone instruir y mejorar al pueblo, defender los sacrosantos fueros de la justicia ó ventilar asuntos de interés más ó ménos general.

Los antiguos dividieron los discursos públicos en tres géneros que llamaron *demostrativo*, *deliberativo* y *judicial*. El fin del primero era la alabanza ó el vituperio; el del segundo persuadir ó disuadir; el del tercero acusar ó defender. En el *demostrativo* incluian los panegíricos, las invectivas y las oraciones gratulatorias ó fúnebres: en el *deliberativo* los asuntos de interés público ventilados en el senado ó en las asambleas populares: en el *judicial* todos los concernientes al foro.

Esta division coincide en parte con la nuestra; pues la oratoria *forense* es la que ellos llamaban judicial; y la *política*, aunque por la mayor parte del género deliberativo, admite tambien el demostrativo. Solo la *sagrada* no puede referirse con propiedad á ninguno de los tres géneros que distinguieron los antiguos. Siguiendo pues la clasificacion de los modernos como más clara y más conforme á nuestras cos-